

El escritor y su época: entrevista a Esteban Valentino

POR MARINA RAMPOGNA Y LORENA PULLEY

El escritor y su época: entrevista a Esteban Valentino

Marina Rampogna ¹

Lorena Pulley ²

El sábado 8 de abril, en el marco de las XVII Jornadas La Literatura y la escuela organizadas por *Jitanjáfora. Redes sociales para la promoción de la lectura y la escritura*, tuvimos la oportunidad de entrevistar al escritor Esteban Valentino. Conversamos con él acerca de su poética, de su trabajo como docente y sobre el rol del escritor en la actualidad.

Esteban Valentino es un reconocido poeta, escritor, periodista. Fue docente en distintos niveles educativos; graduado en la carrera de Licenciatura en Letras. Cuenta con una vasta producción de novelas, cuentos y poesías. Ha sido galardonado con innumerables premios, entre ellos el Premio Nacional de Poesía joven (1983), Alfonsina Storni (1988), y Amnesty International *Te cuento tus derechos* (1995), por el cuento "Pobre chico". Su libro *Caperucita Roja II* fue uno de los Destacados de ALIJA, en 1996, al igual que *A veces la Sombra*, en 1998, y *Un desierto lleno de gente*, en 2001. La novela *Todos los soles mienten* fue elegida entre los tres mejores libros de literatura juvenil del bienio 1999-2000 por la Fundación El Libro; y *Sin los ojos* fue seleccionado como el mejor libro infantil escrito en castellano en 2009 por el Banco del Libro de Venezuela.

¹ Profesora de EGB y Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo electrónico: marinarampogna@gmail.com

² Estudiante del Profesorado en Letras por la Universidad Nacional del Mar del Plata. Correo electrónico: pulleylorena@hotmail.com

Iniciamos la entrevista con el escritor haciendo un repaso sobre los aspectos más relevantes de su biografía detallados en la introducción.

Entrevistadoras: ¿Qué siente Esteban Valentino al hacer un recorrido por su prolífera carrera?

Esteban Valentino: Es un poco fuerte; tiene que ver con el paso de la vida. Nunca había escrito nada y de golpe comencé a escribir con la sensación de que esto que escribía no era para mí, sino para ser mostrado. Básicamente poesía, el género con el cual me inicié... Yo sentía que a mi producción artística le faltaba algo, y esto que le faltaba era lo que empecé a llamar el ‘compromiso comunicativo del artista’. Es algo que algunos grandes artistas, como Kafka o Macedonio, desdeñaron; no por torpeza o por cierta soberbia incluso, para nada, sino como una actitud vital. No consideraban esos dos monstruos que fuera importante aquello que escribían para el resto de los hombres y mujeres. Felizmente, en ambos casos, sus amigos se encargaron de dar a conocer sus textos.

Yo creo que el artista es el resultado de su talento y de su voluntad, pero también es el resultado de un determinado pueblo que lo genera, que ha creado las condiciones para que esa persona haga música, haga pintura, haga literatura... Por lo tanto, a estas condiciones que genera el pueblo que lo produce, de alguna manera hay que devolverle algo. Ahora... ¿Cómo hay que hacerlo? Para mí de una sola manera: con su propio arte. Entonces, yo sentía esto, que las cosas que yo escribía en poesía podían ser mejores o peores, pero que esta parte de lo que yo llamaba el compromiso comunicativo no se cumplía.

Y un día Silvia Schujer, una querida amiga, me pide un texto infantil. Yo no escribía para chicos, pero dijo que me saldría bien y escribí mis primeros textos para niños: “Si yo hiciera mi bandera”, el cual tuvo un curioso éxito, y “Pobrechico”. Entonces, descubrí mágicamente que este registro infantil me gustaba, podía decir las mismas cosas que yo decía en mi poesía para adultos. Ahí me metí de lleno en la literatura infantil.

Ahora, al mirar para atrás, son treinta años de literatura infantil y juvenil, la parte más productiva de la vida de un adulto. Toda mi vida está ahí y siento satisfacción, he dicho lo que quería decir, de manera honesta, y si al sacar la basura mañana me parte un rayo no tendré mucho para quejarme o reprocharle al barbudo (Risas).

Entrevistadoras: Temáticas como la soledad y la injusticia atraviesan tu obra. Es recurrente la figura de jóvenes que parecen tener en común una sensación de soledad o desazón. Pensábamos en la figura de un joven atemporal frente a una realidad adversa u opresiva (en distintos momentos históricos y en distintas circunstancias) como una constante en tu poética. ¿Esta figura juvenil es parte de esa devolución? ¿Podrías hablarnos de esta sensación de desazón?

Esteban Valentino: Yo he hablado a lo largo de mi vida de un solo tema: la soledad. Toda mi literatura habla de las distintas formas de la soledad. Y no sólo de la soledad como ausencia del otro, sino de la soledad como desencanto. Mi literatura no es una literatura del optimismo porque yo no soy optimista; no me han dado motivos los humanos para ser optimista. Hemos sido esclavistas, luego inventamos la servidumbre y luego inventamos el capitalismo que generó una devastación del mundo como no se ha conocido jamás. El capitalismo generó un hombre que es un depredador de la Tierra, a costa del dolor, del sufrimiento, de la muerte, la pobreza e inequidad del 80% de la humanidad. No siento que el hombre me dé muchos elementos para el optimismo; entonces, yo tengo una poética de la desazón, del desencanto. No curiosamente los héroes de mis libros mueren. Mueren porque no tienen salida, para decirle al mundo que nos están matando.

Entrevistadoras: Pero, pese a la sensación melancólica que subyace ante la falta de un futuro prometedor, esos personajes no lo aceptan de forma pasiva sino que luchan hasta el final, resisten...

Esteban Valentino: Por supuesto, es una poética de la resistencia; la única propuesta humana que queda es la resistencia, y no veo muchas opciones. Hoy hay que resistir en

Argentina; hoy hay que poner una palabra de oposición en Argentina, seria, responsable, inteligente, bien medida, fundamentada. Frente a alguien que te dice que el pensamiento crítico le ha hecho mal a la Argentina, digo: “¿Cómo respondo a esto?” Frente a semejante disparate, hay que plantear una oposición responsable. Enfrentamos un monstruo, pero igual hay que dar la batalla.

La otra opción es no darla, lo cual es menos todavía. Hay que hacer desde el lugar que a cada uno le toca; en el aula, sin ir más lejos, un docente que se pare y diga: “Chicos ustedes tienen un lugar bajo el sol”. Como dice Mempo Giardinelli: “La persona que enseña a leer de verdad es un revolucionario, hace la revolución”. Hoy se hace la revolución generando ciudadanos libres y esto no es fácil frente a los medios, frente a la televisión, esa “mala educadora”. Combatir contra ese espacio de estupidez enorme y gigantesco es la función que tenemos como sociedad aquellos que pensamos que puede haber algo mejor. Yo creo que el sistema de estupidez es muy fuerte, muy poderoso y con un poder de penetración que nosotros no tenemos y por eso yo soy pesimista, y a la vez resisto a eso.

Entrevistadoras: Entonces se reafirma la existencia de una función social del escritor...

Esteban Valentino: Muchos te van a decir que la función social del escritor está exclusivamente signada por su arte, lo cual es totalmente respetable. Yo no estoy de acuerdo, pero muchos compañeros piensan así. De hecho, he sido duramente criticado por cierto espacio teórico del campo; con mucho respeto, porque quienes lo plantean son gente muy respetuosa y valorada y con fundamento teórico importante, pero he sido criticado por plantear un tipo de arte comprometido. Y hay mucha gente que piensa que lo que hay que escribir son textos, no quiero decir pasatistas, pero sí textos donde se planteen situaciones relacionadas con lo tradicional del texto infantil. Y algunos son textos muy respetables, logrados desde el punto de vista artístico, otros no. A mí eso no me alcanza, yo quiero decir algo más. Querer decir algo más no significa que no pueda reconocer los valores de ciertos textos de este tipo, que los tienen. Yo podría escribir un texto sobre un adolescente anoréxico, y que esté bien escrito y bien fundamentado, y

listo. Además, sería un tema con particular incidencia en la sociedad moderna, habría incluso cierta crítica a la cultura de la imagen, pero a mí no me alcanza, insisto, a mí.

Carlos Fuentes decía que el primer compromiso de todo artista es con su arte, y eso está muy bien, yo estoy de acuerdo. De entrada tiene que ser un buen texto. Pero también, dice Fuentes, hay que decir algo más sobre lo que le está pasando al mundo. Algunos no creen en esto, y otros sí. Yo creo que es suficientemente grave la situación como para que esto que le está pasando al mundo deba ser dicho con calidad artística, porque entonces va a despertar más conciencia.

Entrevistadoras: También quizá para con el pasado. En *Todos los soles mienten* varios elementos invitan a pensar la Argentina de los '70, hay un esfuerzo por recuperar la memoria colectiva. ¿Esta recuperación del pasado es mirar el presente?

Esteban Valentino: Una mirada al pasado con dolorosa actualidad, porque ahora resulta que la expresión “no son 30.000”³ vuelve a tener vigencia. Perdón, ¿hubo una dictadura acá? Porque si tenemos que empezar desde ahí, entonces empezamos desde ahí, pero al menos hablando con honestidad. Vos no decís que fueron 8.900 por un súbito deseo de exactitud estadística, no querés ser un riguroso historicista, para nada. Lo que querés decir es “no fue para tanto”. Entonces, decílo y sabemos dónde nos plantamos cada uno. Pero no mentir, no hay que ser exactos, y aparte no es importante ¿Es menos terrible si fueron menos?

Entrevistadoras: Frente a la presencia fuerte de la juventud surge la contracara, esos adultos casi ausentes. ¿Qué podés decirnos de ellos?

Esteban Valentino: Yo vengo de una generación en la que el mundo adulto nos hizo mierda, no mis viejos, el mundo adulto. Yo era responsable de Castelar Ituzaingó, mi agrupación. Éramos once pibes, el más grande era yo que tenía 16 años, el más chico, 14. Esos diez murieron, soy el único vivo. A mi hermano en su ámbito de militancia le

³ A raíz de declaraciones del ex Ministro de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, Darío Lopérfido, quien afirmó “En Argentina no hubo 30.000 desaparecidos”.

pasó lo mismo. Y todo eso fue perpetrado por los adultos. Mi experiencia de primera relación social con el mundo adulto, fuera de mi familia, fue aterradora.

Entonces, lo que supongo yo, en una lectura psicologista, es que los adultos forman parte del peligro, no son los ayudantes, en general. En *Perros de nadie* el mundo adulto es bastante solidario, y eso le permite a Nueve tener una puerta de salida. Y si Bardo hubiese tenido una actitud menos suicida tal vez también Hugo hubiera podido hacer algo con él. Pero, en general, los adultos no son parte de la solución sino parte del problema.

Además, tiene que ver también con esta cosa que hablábamos del mundo; es decir, en muy buena parte esto es responsabilidad del mundo adulto y masculino. Yo haría una versión casi de género en relación con lo que se ha hecho con el planeta. En muy buena parte es responsabilidad del mundo adulto y del mundo masculino. Cuando las mujeres formaron parte del poder no se caracterizaron por ser seres particularmente angelicales, ni Margaret Thatcher, ni Theresa May ni Angela Merkel. Ninguna fue particularmente femenina, entendiéndolo por eso alguien que cuida los valores de la vida. Ni lo es ahora Vidal, ni Malcorra, ni Patricia Bullrich. Pero, en todo caso, queda claro que han tenido menos posibilidades de incidir sobre la toma de decisiones. Quienes han llevado este grado de degradación de las relaciones humanas entre los hombres ha sido el mundo adulto. Adultos que han sido niños, pero cuando llegan a adultos, como dice Saint-Exupéry, olvidan su condición de niños.

Yo era muy admirador y trabajaba con Fernández Meijide, una persona luchadora, comprometida, laborante. Y... ¿Qué pasó? ¿Susana Decibe?.. ¿Qué pasa? ¿Llegan ahí y se olvidan? Carlos Grosso, también... No sé qué pasa, hay una especie de agujero negro (Risas). Pero para volver a los adultos ausentes, Jitanjáfora tiene una teoría sobre el tema de los nombres en *Todos Los soles mienten* exquisita, mejor que la mía. Se entiende al apellido funciona como un espacio de referencia del mundo previo, refiere hacia atrás y explica mi historia. Ahora, si esa historia hacia atrás desaparece, no tiene entidad, no tiene presencia, lo único que le queda a ese pibe es la autorreferencia: "Yo soy yo". Entonces, por eso se llaman "Eduardo E.". Para atrás nada justifica, sólo queda hablar de sí mismo.

Entrevistadoras: Es difícil no reparar en los nombres, incluso los pronombres y números utilizados no sólo para designar a los personajes. También marcan los cambios del punto de vista o son líneas de unión de historias diferentes. ¿Qué otra función además de la identitaria reciben?

Esteban Valentino: Los nombres remiten, cuentan cosas, cuentan sin nombrar. Cuando uno dice ‘Tupac Amaru’ es una lexicalización, ya viene con un peso atrás. Y si a un niño que nace le ponés Tupac, lo estás cargando de una historia previa. Mi papá era cana y tenía un comisario amigo que se llamaba Librepensador Severino... (Risas). Yo imaginaba a su padre, el momento en que el hijo le decía “Papá voy a ser policía”, y... Ese padre habrá querido matarse (Risas). Los nombres cargan con un peso semántico muy fuerte, incluso los pronombres. Hay un cuento de *A veces la sombra* donde ‘ella’ es ella, y es fuerte llamarse así porque es una especie de entidad casi divina. Yo le doy bolilla a los nombres...

Entrevistadoras: El hecho de contar, de narrar, está muy emparentado con la oralidad. ¿Qué lugar ocupa la oralidad en tus relatos? Pensamos, por ejemplo, en *Es tan difícil volver a Ítaca* o *Perros de nadie*.

Esteban Valentino: Las narraciones dentro de la narración son relatos enmarcados, espacios agrandadores del espacio textual. Dan cierto aire a lo opresivo de la situación, de las situaciones opresivas relatadas, el acto de contar, el uso de la palabra terapéutica. La escena de la cual me siento muy orgulloso, que me emociona genuinamente, es aquella en la cual los chicos están haciendo el amor y Eleazar está bailando solo en el taller [*Perros de nadie*]. Me parece una escena muy humana, muy plena de lo que debe ser un adulto de verdad: muy hincha pelota (dice que no muchas veces) e intensamente amoroso. Esa es la función del mundo adulto: ser intensamente amoroso y ser intensamente hinchapelota, para que el pibe sepa que es querido, que es cuidado, que es respetado y que es enmarcado, y esa es la función del mundo adulto.

Y el sentido de la oralidad es ese, la palabra amorosa, la palabra tranquilizadora: “Aquí estoy”. La historia del Dinamo de Kiev sirve para saber que hubo tipos que hicieron

esto: metían un gol y cada gol los acercaba a la muerte, y aun así seguían metiendo goles. ¿Qué mejor educación que esa? El nivel de orgullo que habrán tenido los padres de esos jugadores de fútbol y el grado gigantesco de buena educación que hay detrás de ese gesto. Cuando Eleazar recupera esas historias y las entrega como una joya, no solamente está produciendo un acto de transferencia de conocimientos sino que también está produciendo un acto educativo muy fuerte. Y en el caso de Mónica [*Es tan difícil volver a Ítaca*] es una forma de ayudar a Eduardo a volver, en medio de la oscuridad una voz guía para volver. El amor salva vidas.

Entrevistadoras: Sabemos que ya no estás en docencia, pero has sido un mediador de la “soledad de los adolescentes frente a una realidad sin futuro”⁴.

Esteban Valentino: Hay una sensación de poca posibilidad de desarrollo muy fuerte... Incluso, tengo amigos que han hecho una carrera universitaria y, aun así, no quieren la vida nuestra. La idea de volver durante años a tu casa después de trabajar, y lo plantean con una carga de opresividad muy grande. No quieren eso, no saben qué quieren, pero sí lo que no. Y en contextos marginales es todavía peor... Es el momento, ni siquiera el hoy, sino absolutamente el momento, y si alguien me molesta le pego un tiro. Ese mundo necesariamente es un mundo de soledad, aún cuando se junten con otros que tengan el mismo código, las mismas reglas. No serán más que cinco soledades juntas. Y en nuestra tarea docente muchas veces nos enfrentamos con ese mundo, y ¿cómo rompemos ese círculo? Galeano contaba que en las minas de Ecuador, y lo mismo en otras minas de otros países, entrar allí y extraer carbón, sílice, estaño, o lo que fuera implicaba morir a los 35 años. Entonces, una persona entraba a los 20, se casaba a los 25, tenía familia y armaba una vida en un flash y consciente de lo efímero de su vida. Y no sólo consciente, sino también buscado, porque la otra opción, no entrar a la mina, era mucho peor. Entrar a la mina le garantizaba quince años de razonable existencia. ¿Qué opción de futuro le podés dar a ese hombre, que a duras penas conocerá a sus hijos?

⁴ Con esta frase hacemos referencia al comentario que hace el escritor en la contratapa del libro *Un desierto lleno de gente*. Sudamericana, 2013.

La idea de futuro está relacionada con la muerte. Esto pasaba mucho con mis alumnos: “Yo no voy a llegar a los 25 años”. Y lo exteriorizaban, lo sabían y lo decían. Y eso además los vuelve tipos peligrosos, para ellos y para los demás, porque la noción de vida no tiene demasiada importancia. Ellos decían “Entonces, lo mato”. Y yo les contestaba “¿Si voy por la calle usted me mata?”; “No, profe, a usted no, porque yo lo quiero”. “Usted me quiere, pero su amigo no sabe quién soy”. Es difícil, dar clases en esos contextos es difícil e intensamente rico, intensamente bello. La práctica docente en contextos complejos vive con la sensación de siempre estar perdiendo, pero cuando podés salvar a algún chico sos Gardel.

Agradecemos al escritor Esteban Valentino por brindarnos amablemente su tiempo.